

gares, á esperar en la incertidumbre los efectos de la clemencia ó de la severidad del vencedor. Corrieron á arrojarse á los pies del Papa los del ducado de Spoleto y de Rieti, rogándole que los admitiese por súbditos, y abjurando hasta el nombre y semejanza con los lombardos, porque se cortaron los largos cabellos y la barba al estilo de los romanos. El Papa les hizo prestar juramento de fidelidad y les dió por rey á uno de entre ellos que habian escogido y se llamaba Hildebrando. Los de Terma, de Ancona, de Foligno y de otras muchas ciudades hicieron lo mismo que los de Spoleto.

Carlo-Magno determinó poner al mismo tiempo sitio á Pavia y á Verona; pero el de esta ciudad no se hizo mas que empezar, porque Adalgiso se escapó de noche y huyó á Constantinopla, abandonando los hijos y la viuda de Carloman á disposicion del monarca francés, quien los envió al punto á Francia. Duró el sitio de Pavia todo el invierno, y acercándose la fiesta de la Pascua quiso Carlos celebrarla en Roma, y rendir sus religiosos homenajes al sepulcro de los santos Apóstoles. Sorprendido el Papa agradablemente con esta noticia, envió los magistrados romanos á recibir á su libertador á diez leguas de Roma. Cuando ya el rey se hallaba á una milla de distancia, todas las tropas y los niños de las escuelas salieron en procesion con palmas y ramos de oliva, cantando las alabanzas del piadoso monarca, cuyas gracias augustas y respetables redoblaron la veneracion pública. Frisaba entonces con los treinta y dos años, y como todavía se vé en el sello de algunas cartas suyas, era de estatura bien proporcionada, de fisonomía noble y magestuosa, frente prolongada, nariz aguileña, ojos grandes y vivos, y en una palabra, de un exterior de héroe al mismo tiempo que representaba la benignidad y bondad de un padre (1). Así

(1) Egin. Vit. Car.

que vió las cruces con que le salian al encuentro, se apeó del caballo con toda la comitiva de duques, condes y señores, y fué á pié hasta la iglesia de San Pedro. El Soberano Pontífice con todo el clero romano le estaba esperando en lo alto de las gradas, las fué besando el rey una por una, despues de lo cual abrazó al Pontífice, le tomó de la mano y entraron juntos cantando el clero: *bendito sea el que viene en nombre del Señor*. El rey y los que le acompañaban llegaron hasta la confesion de San Pedro, donde se postraron dando gracias á Dios de la victoria que reconocian haber conseguido por la intercesion del príncipe de los Apóstoles: y despues pidió el rey al Papa el permiso de entrar en la ciudad de Roma (774).

Al dia siguiente que era el de Pascua, oyó el rey la misa del Pontífice en Santa Maria la Mayor, recibió la comunión, y fué despues al palacio de Letran en donde comió con Adriano. El lunes celebró el Pontífice la misa á presencia del rey en San Pedro y el martes en San Pablo segun la costumbre, que es decir, que ya entonces eran las estaciones las mismas que hoy. El miércoles asistió á San Pedro á conferenciar con el rey que estaba allí alojado, y le rogó que confirmase la donacion de Pipino. No solo ratificó Carlos lo que habia hecho el rey su padre, sino que dió aumento á su liberalidad, comprendiendo en la nueva donacion desde la ribera de Génova, el puerto de Spezia, la isla de Córcega, las ciudades de Bardi, Régio y Mántua, las provincias de Venecia y de Istria, además de la ciudad de Rávena y los ducados de Spoleto y Benevento (1). El rey escribió bajo el acta de donacion su monograma, es decir, una cifra compuesta de las letras de su nombre segun el uso que él introdujo en nuestros reyes. Despues quiso poner por sí mismo el acta así firmada sobre el

(1) Anasta in Adrian. ann. 774.

cuerpo de San Pedro, y así lo hizo ofreciendo con el mas terrible juramento observarle siempre; lo cual hicieron tambien con él los obispos y señores de su comitiva. Adriano por su parte le hizo un regalo que fué muy del agrado de este príncipe amigo de las letras: y era el código de los cánones de que se servia la Iglesia Romana que contenia los decretos de los Concilios que Dionisio el Exiguo habia recogido en el siglo VI con la adición de las decretales de los Papas Hilario, Simplicio, Felix, Simaco, Hormisdas y Gregorio II.

Pasó el rey á visitar cerca de Benevento y mas allá de Roma el monasterio de San Vicente, famoso entonces por su regularidad y por la grande virtud de muchos de sus religiosos (1). Ambrosio Aupert, francés, de familia ilustre, muy conocido en la corte de Francia en donde en tiempo de Pipino habia brillado y á quien califica de sapientísimo doctor el sabio Paulo diácono, era uno de los principales ornamentos de aquella casa, y la vida que escribió de sus santos fundadores acredita lo justo de su fama. Tambien compuso un comentario moral sobre el Apocalipsis, al que el Papa Esteban III honró con una aprobacion auténtica; cosa que dice Ambrosio no haber obtenido nadie antes que él. Todavía tenemos homilias compuestas por él, y entre otras una sobre la Asuncion de la Madre de Dios, en la que sin decidir absolutamente si Maria habia sido llevada en cuerpo y alma al cielo, hace ver que esta piadosa creencia estaba ya entonces hondamente arraigada y acreditada. Le eligieron abad dos años antes de su muerte; pero como las comunidades mas fervorosas y reformadas no siempre están libres de desavenencias, habiendo elegido á otro una parte de los monges, fué preciso que interviniere la autoridad de la

(1) Act. SS. Bened. tom. 4, pag. 239.

Santa Sede; pero murió (778) antes de la decision, y aunque algunos autores le llaman Santo, no se le vé en ningun martirologio, ni se halla ningun otro monumento de su culto.

El rey Carlos habiendo desahogado su devocion en Roma y en las inmediaciones, volvió lleno de ardor y de esperanzas de vencer al sitio de Pavia, y parece que el cielo peleaba por él en su ausencia, pues mas que sus tropas, le habian servido el hambre y la peste. Quiso la ciudad rendirse por no poder resistir: quitaron las mugeres la vida á un tal Hunaldo que era el alma de la guerra, y se vió precisado el rey Didier á entregarse con su muger y sus hijos. Desde luego le envió Carlos á Lieja y despues le trasladó á la abadía de Corbia, donde este príncipe aprovechándose para su salvacion de las desgracias de la fortuna, abrazó la vida monástica y acabó sus dias en ejercicios de penitencia (1). Con tanta celeridad cayó el reino de Lombardía, cuyo título añadió despues Carlo-Magno al de rey de los franceses. Esta revolucion sucedió en el año de 774, dos siglos despues de la fundacion de aquel reino. El arzobispo de Milan puso en la cabeza del príncipe francés la corona de hierro que Teodelinda de Baviera, antigua reina de los lombardos, mandó fabricar para coronar á su esposo el rey Agilulfo, y con ella se coronaron despues los emperadores. Esta misma princesa fué la que por los años 593 sacó aquel pueblo de los errores del arrianismo.

El rey Carlos llevó á Francia al sábio diácono de Aquileya Pablo ó Paulo, secretario del rey Didier, y le admitió en su corte con cierta especie de familiaridad por la estimacion que hacia de su erudicion y talento, que le hicieron el escritor mas culto

(1) Act. SS. Bened. tom. 4, pag. 440.

de su tiempo (1). Se dice que acusado de haber entrado en una conspiración para restablecer á Didier, y preguntado sobre esto por Carlo Magno, no le respondió otra cosa, sino que siempre sería fiel á su antiguo señor. También dicen que irritado el príncipe, mandó en el primer movimiento cortarle la mano; pero que al punto se retractó exclamando: «¿en dónde hallaríamos otra mano capaz de escribir así la historia?» y se contentó con desterrarle. Ya había compuesto Pablo la historia de Lombardia, y verosimilmente la de los obispos de Metz. Se retiró á la casa de Arigiso, duque de Benevento, el que le exhortó tan bien á que no sepultase su talento, que continuó la Historia romana de Eutropio desde Juliano apóstata hasta Justiniano, y después se hizo monje en Monte-Casino, en donde murió muy viejo con grande opinión de santidad.

Se lee en algunos escritos, bien que no son de la mayor autoridad, que después de haberse rendido la Lombardia, Carlos á quien se le dió el sobrenombre de Grande por tantas conquistas brillantes, hizo celebrar en Roma un Concilio de ciento cincuenta y tres obispos, que le concedieron el derecho de elegir Sumo Pontífice. Los sábios miran esta noticia como una invención fabulosa. El diácono Florente, y Lupo, abad de Ferrieres, al tratar de la intervención de los príncipes en la elección de los obispos, guardan silencio acerca de este supuesto privilegio, y Mansi presenta dos cartas del Papa Adriano á Carlo-Magno posteriores á este supuesto Concilio, en las que este Pontífice sostiene como una verdad constante que la intervención de los príncipes no es necesaria en las elecciones eclesiásticas.

Al paso que Carlo Magno ofrecía un dig-

(1) Chron. Cassin. lib. 4, cap. 15.

no modelo á los príncipes de Occidente, continuaba Constantino Coprónimo escandalizando el Oriente por sí y por los ministros de su impiedad. Las personas más desprendidas de todos los intereses terrenos eran siempre las más celosas en la defensa de la fé. Los ministros de la tiranía se lisonjearon de que á los monges y religiosas que habían quedado los seducirían con el cebo de los placeres prohibidos á la pureza de su estado. Miguel, gobernador de Nativia, sacó muchos de estos religiosos de las soledades de Tracia y los juntó sin distinción de sexos en Éfeso: los sacaron todos revueltos á una llanura, y les dijeron á gritos: «todos los que quieran obedecer al emperador tomen cada uno una muger, y al que así no lo haga se le sacarán los ojos (1).» La sentencia se ejecutó al momento. Entonces se vieron muchos mártires, y solo algunos apóstatas á quienes luego favoreció el gobernador. Además de la privación de la vista, muchos fieles generosos perdieron la vida, unos á fuerza de azotes y otros con la espada: á otros les empaparon de aceite y cera derretida la barba, y aplicándoles fuego les abrasaron el rostro y la cabeza. En una palabra, la persecución fué tal que en todo el gobierno del desapiadado Miguel no quedó una persona que llevase el hábito monástico. Fueron vendidos todos los monasterios con sus propiedades y sus muebles, sin exceptuar los vasos sagrados, y enviaron el dinero al emperador: quemaron todos los libros de los Padres y cuantas reliquias pudieron descubrir. A este gobernador le escribió Coprónimo cartas muy espresivas de gracias, y de este modo indujo á los otros á imitarle (771).

Así llenó la medida de sus delitos, y cansó á la divina clemencia respecto de su persona. Hacia la guerra felizmente á los

(1) Theoph. ann. 39, pag. 375.

búlgaros, cuando sintió repentinamente que le devoraban sus piernas las úlceras y carbunclos con una calentura y dolores tan agudos, que casi le quitaban la razón y solo le dejaban de esta lo suficiente para que viese desesperado la proximidad del juicio de Dios (1). Le entraron en una embarcación para llevarle á Constantinopla, pero murió antes de llegar allá á 14 de setiembre de 775, diciendo á gritos que se abrasaba vivo y sentía ya las llamas infernales por los ultrajes que sin temor alguno había hecho á la Madre de Dios. Le sucedió su hijo Leon IV, por sobrenombre Cházaro, que al principio manifestó piedad y aun respeto al estado religioso; pero muy pronto se declaró contra la Iglesia con tanto furor como su padre (779), y á los cinco años pereció de una muerte más espantosa que la de este. Había dado el emperador Heraclio á la iglesia mayor de Constantinopla una corona de oro guarnecida de diamantes, que en la riqueza y en el gusto era la única. Cházaro era aficionado á la pedrería, y sin escrúpulo alguno robó esta dádiva sagrada, y se la aplicó para su uso: mas apenas la puso sobre su cabeza, cuando ésta se cubrió toda de pestíferas pústulas y horribles carbunclos (2) que le hicieron morir en tres días (780).

De esta sangre corrompida salió sin embargo un raro modelo de piedad, pureza y valor, á pesar de la debilidad del sexo: que tales fueron las virtudes que se admiraron principalmente en Santa Antusa, hermana de Cházaro é hija de Coprónimo. Jamás tuvo la menor parte en las iniquidades de estos príncipes, antes parece que Dios la suscitó para confusión suya, y para manifestar lo poco que puede toda la grandeza y prudencia del siglo contra los consejos del Omni-

potente. Por más que quiso su padre obligarla á tomar esposo, siempre se resistió aun con peligro de su vida, y protestó constantemente que no tendría otro que á Jesucristo. Con efecto, apenas se vió en libertad por la muerte de aquel príncipe, cuando se consagró para siempre al Señor en el monasterio de Santa Eufemia. Antes de efectuarlo distribuyó á los pobres y á las iglesias cuanto tenía, se despojó de sus propios adornos para enriquecer los altares, reedificó los monasterios, y todo su placer era enseñar por sí misma á las jóvenes, y aun se disponía para repoblar los santos asilos de la honestidad que había arruinado su padre el emperador. Aplicóse principalmente á reparar la brecha más perjudicial que había hecho á la casa de Dios la última persecución. Como su capacidad no era inferior á su piedad, la convidó muchas veces su cuñada la emperatriz Irene á que compartiese con ella los cuidados del gobierno; pero ella prefirió constantemente la humildad de la cruz á las más lisonjeras distinciones, y murió santamente en la oscuridad voluntaria en que se había sepultado viva.

Irene, que por las prendas de su espíritu y de su hermosa figura llegó á ser esposa del emperador, se vió después de la muerte de su marido Leon IV, ó Leon Cházaro, acaecida en 8 de setiembre de 780, señora absoluta del imperio, con el título de regenta, porque su hijo Constantino V tenía solamente de nueve á diez años. No obstante sus defectos y sus vicios, jamás había titubeado en los principios de la creencia ortodoxa. Había empleado con feliz éxito en la conservación de su fé todos los recursos de su entendimiento, bien que usando de algún disimulo en los fines del reinado de su esposo para sustraerse de las últimas violencias; mas apenas él cerró los ojos, restituyó á los católicos con la circunspección conveniente la libertad de conciencia

(1) Theoph. ann. 39, pag. 377.

(2) Theoph. annal. graec. in ann. 780.

que ella recobraba para sí misma. Así que estableció sólidamente su autoridad en lo interior del imperio, y deshizo con prudentes tratados entre los extranjeros las tempestades que la amenazaban, se declaró altamente. Restituyó por sí misma revestida de todos los ornamentos imperiales la corona que había quitado á la iglesia el emperador, y esto lo ejecutó con una solemnidad proporcionada al enorme escándalo que pretendía reparar. Al mismo tiempo restableció en todos sus derechos á los fieles perseguidos por la veneración de las imágenes, é invitó á los monges á volver á sus monasterios. Desde los países que obedecían á Irene el descrédito de los iconoclastas pasó entre los fieles que gemían bajo el yugo de los sarracenos.

La nueva Roma no daba ya la ley mas que á la Grecia y á algunas provincias del Asia, conservadas ó reconquistadas por los últimos emperadores; pero en el resto del Oriente que había sido parte del imperio romano conservaba siempre el amor de los pueblos. Por el largo espacio de tiempo que vivían sujetos á los árabes, no habían visto en ellos mas que usurpadores odiosos y opresores tiránicos, y así siempre preferían á ellos los emperadores de Constantinopla, á quienes miraban como sus legítimos soberanos. Así por esta razón como por la diferencia de culto, los sectarios entusiastas del falso profeta de la Meca no tenían confianza alguna en aquellos descendientes de los griegos ó de los romanos. Los habían sobrellevado mientras creyeron que convenia á su política ostentar clemencia; mas cuando ya no tenían que temer, los mismos abasidas, á pesar de todo su aparato de humanidad y política, los perseguían casi sin interrupción, y muchas veces hasta derramar sangre. No haciendo caso los infieles de otro rey cristiano mas que de Carlomagno, la emperatriz Irene, para hacerse

respetar de ellos, buscó la alianza de los franceses, y así pidió por esposa para el emperador Constantino, que no tenía mas que once años, á la princesa Rotruda, hija mayor de su rey, aunque no pasaba de ocho. Llegaron á firmarse los artículos, pero no se pusieron en ejecución por una falsa política, de que Irene tuvo bien que arrepentirse.

El vasto imperio de los sarracenos, ya en los primeros sucesores de Mahoma, comprendía, además de la Arabia, la Persia, la Siria y el Egipto, las costas fértiles de Africa y la España sujeta á los moros; y sin embargo, tantos y tan diferentes pueblos solo obedecían á un mismo soberano. El califa no conservaba mas que el nombre de soberano de muchos de entre ellos, con los estériles homenajes vinculados á su calidad de jefe de la Religión, porque con el título de soldanes ó sultanes se habían establecido príncipes independientes en Persia y en Egipto. Los sarracenos de España desde Abderraman II (resto de la sangre de los omniadas, que los de Asia habían procurado extinguir) formaban un estado absolutamente separado del de los Abasidas. Los reyes godos sus vecinos no habían cesado de hacerse fuertes en sus montañas desde Pelayo su primer rey: Alfonso el Católico había ganado muchas batallas á los moros, y sacado sus súbditos de las cavernas y desfiladeros, en donde los moros se empeñaban en tenerlos encerrados. Froila había reconquistado provincias enteras, y establecido bastante sólidamente su poder para devolver el esplendor conveniente á la Religión de sus padres, y edificar numerosos monasterios. Ya en el año 768, y con solo el terror del nombre cristiano, dejó al morir á Aurelio su sucesor en estado de seguir sus miras políticas y religiosas con grande tranquilidad (a).

(a) En la nota de la pág. 422 digimos ya cómo D. Fruela había sucedido á D. Alonso el Católico, y

Los gaulas, bajo el gobierno respetable de Carlo Magno, en vez de temer la invasión de los inquietos Omniadas, los hacían temblar mucho mas acá de los Pirineos en el

como á su vez á don Fruela había sucedido su hermano don Aurelio que reinó seis años y medio. «No hizo cosa, dice el P. Mariana, en paz ni en guerra que sea digna de memoria, ó por lo menos que por ella merezca ser alabado.» Sin embargo, sujetó á los esclavos que aprovechándose de la calamidad de los tiempos querían rebelarse. Como don Aurelio no tuvo guerra con los moros, hásele atribuido por algunos un pacto infame con ellos; pero no aducen al efecto testimonio alguno auténtico ni presentan sólidas razones de su sentir. No se hace mención de que este rey haya tenido hijos ni muger; se dice sí, que deseoso de prevenirse contra los enemigos casó su hermana Adosinda con Silo ó Silon, hombre poderoso y principal, con el objeto de que en vida le ayudase, y después de su muerte le sucediese en el trono; y así efectivamente sucedió. A los seis años y medio de reinado murió D. Aurelio, y fué enterrado en la iglesia de San Martín de Langreo, si bien algun otro historiador dice fué en Cangas.

Muerto D. Aurelio fué alzado por rey D. Silo su cuñado con su muger Adosinda ó Usenda, hija de D. Alonso el Católico, en Pravia, en el año 774. Al principio de su reinado enfrenó á los gallegos que se habían alborotado cerca del monte Ciperio, que después se llamó Cebreiros; tal vez querían hacerse independientes de los reyes de Asturias y tener ellos un rey suyo. Por Silo, según unos, y por Adolgastró y su muger Brunilda, según otros, fué fundado el monasterio de Santa María la Real de Obana, de la Orden de San Benito, á doce leguas de Oviedo. Durante el reinado de don Silo y en el año cuarto de él refieren los historiadores ocurrió la célebre batalla de Roncesvalles de que después habla nuestro autor, y que ha servido de protesta á tantos romances y fabulosas narraciones, y en verdad que si el motivo y el resultado fué el que algunos juiciosos escritores refieren, no hacia mucho honor á Carlomagno. Fué el caso según estos autores, que el gobernador moro de Zaragoza, Ben Alarabi, viéndose destituido por su jefe árabe por una rebelión que contra él había intentado, acudió á Carlomagno, ofreciéndole aquella ciudad y algunas otras, si le reponía de nuevo en su destino. Creyó Carlomagno propicia esta ocasión, y entró en Navarra, se apoderó de Pamplona, que estaba habitada de cristianos y se hallaban desapercibidos, y llegó y tomó á Zaragoza, restableciendo en sus destinos á los moros que le habían llamado, recogiendo rehenes de ellos y contentándose con que le pagasen un tributo. Había mandado demoler los muros de Pamplona, y sease por esto, ó sea por la conducta que había observado con los vascones, ello fué que al regresar á Francia y atravesar los Pirineos, sufrió en Roncesvalles la mas espantosa derrota. Oigamos lo que sobre esto dice Eginardo, secretario de Carlo Magno, y escritor de su vida: «Teniendo el emperador larga y continua guerra con los de Sajonia, dejando contra ellos sus fortalezas en las fronteras llamadas entonces Marcas, quiso acometer á España; y con cuanto poder y aprestos de guerra pudo juntar, pasando los montes Pirineos y sujetan-

do todos los lugares y castillos á donde llegó, se volvió con su ejército vencedor. Mas á la vuelta en lo alto de los Pirineos hubo de sentir un poco la traición de los vascones, porque pasando el ejército grandísimo en hileras angostas, como por la estrechura de los pasos era necesario, los vascones pusieron sus emboscadas en lo alto de la montaña, favoreciéndoles al efecto los muchos árboles de que aquello está lleno. Así dieron en la retaguardia y en los bagages y les forzaron á descender al fondo del valle, donde los mataron á todos sin escapar ninguno, y apoderándose de todo el carruaje, se esparcieron con gran presteza por todas partes, ayudándoles la noche que luego sobrevino. Valióles mucho á los vascones en esta ocasión la ligereza de las armas y la disposición del lugar donde se peleaba; y por el contrario fatigaba mucho á los franceses y los hizo inferiores á sus enemigos el peso de las armas y lo fragoso de las montañas. En esta batalla murió Egnardo, maestra sala del emperador; Anselmo, conde del palacio; Roldan, capitán general de toda la costa de Bretaña, con otros muchos. Y no podía el rey tomar por entonces venganza de esta pérdida; porque los enemigos, ganada la victoria, de tal manera se dispersaron que no quedó hombre con hombre y ni aun se podía tener noticia de donde estuviese.» Así cuenta Eginardo esta derrota. Los árabes refieren á su vez este suceso del modo siguiente, que tomamos de la historia de Conde (part. II, c. 20): «En Zaragoza este año ciento cincuenta y seis (774) Husein el Abdari, que había sido wali y estaba retirado, causado de vivir tranquilo y descontento de su suerte, persuadía con discursos sediciosos á muchos ignorantes, que no debían contribuir al rey con la décima de rentas, frutos, y ganados, puesto que lo empleaba en hacer guerra contra los Muslimes (musulmanes) y en mantener sus pretensiones de mando contra los califas de Oriente, verdaderos señores de España. El wazir de Zaragoza con mucho secreto avisó á los walis de Wesca y Tudela y otros alcides de la provincia para que concurriesen á Zaragoza con gente de su confianza porque recelaba de los de la ciudad por el crédito y estimación particular que tenía el sedicioso. Concurrieron los walis y fué preso y descabezado Husein el Abdari; participaron este acacimiento al rey, que lo tuvo por bien hecho, y dió gracias á sus walis por su celo y buen servicio.... Como hubiesen prevalecido los cristianos de Afranc en tierra y comarca de Narbona, después de la pérdida de aquella ciudad, aprovechando la ocasión de las continuas guerras que traía el rey Abderrahman con los rebeldes, tomaron ánimo y con grandes huestes entraron en tierra de España talando y estragando los campos, incendiando los pueblos y cautivando las gentes. Llegaron con sus algaras hasta Zaragoza; pero los walis de Wesca, de Lérida y de otras fronteras fueron contra ellos y los vencieron, y obligaron á pasar los montes y tuvieron que dejar la presa y despojos por la vuelta. El descuido de los walis de la frontera fué causa de estas calamidades. Fué esta entrada de los cristianos de Afranc año 162 (778).»

Por lo dejando este punto, acerca del cual pueden verse Masdeu, Mariana y otros historiadores, volvamos á contar el hilo de nuestra narración. D. Silo reinó nueve años cumplidos y á principios del décimo mu-